

DE TAL
MANERA
AMÓ
DIOS...

ÉL HARÁ LO QUE SEA
PARA ATRAERNOS A ÉL

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The God Who Loves*, © 1996, 2001 por John MacArthur, Jr. y publicado por Thomas Nelson.

Edición en castellano: *De tal manera amó Dios...*, © 2018 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Thomas Nelson, una división de HarperCollins Christian, Inc.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVRI995” ha sido tomado de la versión Reina-Valera 1995, Reina-Valera 95® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de la Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®*, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5808-8 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6722-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7543-6 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 27 26 25 24 23 22 21 20 19 18

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A Patricia:

*a quien amo más que a la vida misma
y cuyo amor por mí está más cerca de la perfección
celestial que todo lo que he conocido en la tierra.*

Contenido

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Introducción | 9 |
| 1 De tal manera amó Dios al mundo | 15 |
| 2 Dios es amor | 39 |
| 3 Mira, pues, la bondad... | 55 |
| 4 ...y la severidad de Dios. | 71 |
| 5 ¿Aprendí en la clase de párvulos todo lo que debo saber acerca del amor de Dios? | 91 |
| 6 El amor de Dios por la humanidad | 109 |
| 7 El amor de Dios por sus elegidos. | 139 |
| 8 Cómo encontrar seguridad en el amor de Dios | 161 |
| Apéndice 1: No hay enojo en Dios, por Thomas Chalmers. | 181 |
| Apéndice 2: Sobre el amor de Dios, y si se extiende a los no elegidos, por Andrew Fuller | 201 |
| Apéndice 3: Cristo el Salvador del mundo, por Thomas Boston | 207 |
| Apéndice 4: El amor de Dios hacia el mundo, por John Brown. | 225 |

Introducción

HACE ALGUNOS AÑOS tuve la oportunidad de pasar varios días viajando con los famosos músicos cristianos Bill y Gloria Gaither. En cierto momento le pregunté a Bill cuáles eran en su opinión las mejores letras cristianas jamás escritas... aparte de los salmos inspirados.

Sin dudar, comenzó a citar las palabras del himno “El amor de Dios”, de F. M. Lehman:

*¡Oh amor de Dios! Su inmensidad,
el hombre no podría contar
ni comprender la gran verdad,
que Dios al hombre pudo amar.*

*Cuando el pecado entró al hogar de Adán y Eva en Edén;
Dios los sacó, mas prometió un Salvador también.*

*¡Oh amor de Dios! Brotando está,
inmensurable eternal;
por las edades durará,
inagotable raudal.*

*Si fuera tinta todo el mar, y todo el cielo un gran papel,
y cada hombre un escritor, y cada hoja un pincel.
Nunca podrían describir el gran amor de Dios;
que al hombre pudo redimir de su pecado atroz.*

*Y cuando el tiempo pasará con cada reino mundanal,
y cada reino caerá con cada trama y plan carnal.
El gran amor del Redentor por siempre durará;
la gran canción de salvación su pueblo cantará.*

Bill manifestó que ninguna letra en todo el himnario supera la tercera estrofa de ese himno.

En realidad, pocos rivales vienen a la mente. La sola poesía es hermosa, pero el significado es profundo.

Mientras meditaba en ese himno, la mente se me inundó con ecos de la Biblia. “Dios es amor”, escribió el apóstol Juan (1 Jn. 4:8, 16), y “para siempre es su misericordia” es el estribillo en todos los veintiséis versículos de Salmos 136. Esas mismas palabras aparecen al menos cuarenta y una veces en el Antiguo Testamento. La misericordia de Dios es mejor que la vida, nos recuerda el salmista (Sal. 63:3). Dios es “misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad (Sal. 86:15)”. Él “es bueno; para siempre es su misericordia” (Sal. 100:5).

En otra parte el salmista escribe: “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas” (Sal. 36:7). Y “las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente... para siempre será edificada misericordia” (Sal. 89:1-2).

El Nuevo Testamento declara la prueba definitiva del amor de Dios: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:9-10). “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó... os dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y

juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:4-6).

Y el versículo más conocido de todos afirma: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

No es de extrañar que el apóstol se regocije: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre” (1 Jn. 3:1).

Es evidente que el amor y la bondad de Dios son temas persistentes tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos. Si la cantidad de espacio que la Biblia otorga al tema es algún indicio, difícilmente alguna verdad acerca de Dios es tan importante como su amor. En casi todas las páginas de las Escrituras aparece la bondad divina, su tierna compasión, misericordia, paciencia, generosidad y gracia. Todas esas virtudes son expresiones del amor de Dios.

La doctrina del amor de Dios no es en absoluto simple. Plantea una serie de dificultades filosóficas y teológicas. Por ejemplo, algunas de las preguntas más obvias que se plantean son: Si Dios es tan amoroso, ¿por qué envía personas al infierno? ¿Por qué permite el pecado, el sufrimiento, el dolor y la tristeza? ¿Cómo pueden los holocaustos, los desastres naturales y otras formas de destrucción masiva y sufrimiento humano existir en un universo diseñado por un Dios que es realmente amoroso? ¿Por qué en primera instancia permitió Dios que la raza humana cayera en el pecado?

Debemos reconocer con toda sinceridad la dificultad de preguntas como esas. Todos las hemos planteado. A muchos nos han retado con tales preguntas hechas por escépticos que exigen que les proporcionemos respuestas satisfactorias. Si somos sinceros, debemos admitir que las respuestas no son fáciles. Dios mismo no ha considerado oportuno revelar respuestas completas a algunas de esas preguntas. Por el contrario, Él se revela como amoroso, omnisapiente, perfectamente justo y muy bueno, y simplemente nos pide que confiemos en Él.

Eso se vuelve más fácil cuanto mejor comprendemos lo que las Escrituras enseñan respecto al amor de Dios. En este libro trataremos algunas de esas preguntas difíciles acerca del amor de Dios, pero no hasta que establezcamos una buena base para lo que la Biblia quiere decir cuando declara: “Dios es amor”.

También debemos notar que varias de las peores alteraciones a la verdad cristiana se basan en la idea de que se puede entender a Dios únicamente en términos de su amor. Quienes sostienen tal perspectiva a menudo se niegan a reconocer la ira de Dios contra el pecado, porque creen que Él no puede ser *al mismo tiempo* amoroso y *por otro lado* furioso con los pecadores. Otros, tal vez con la intención de desvincular a Dios de las tragedias y los terrores de la experiencia humana, razonan que si Dios es verdaderamente amoroso, es imposible que sea todopoderoso; de lo contrario pondría fin a todo sufrimiento.

Por otra parte, algunos cristianos de buena voluntad preocupados por la ortodoxia doctrinal son tan cautelosos en cuanto a la sobrevaloración del amor de Dios que temen expresarlo en absoluto. Después de todo, nuestra cultura está “enamorada” del pecado y el amor propio, y completamente embotada hacia la ira de Dios contra el pecado. ¿No es contraproducente predicar el amor de Dios en medio de una sociedad tan impía? Algunos que razonan así tienden a ver todo lo malo que ocurre como si se tratara de un juicio directo que sale de la mano de una deidad severa.

Ambos extremos describen una imagen distorsionada de Dios y confunden aún más el asunto de comprender el amor de Dios.

Mientras permanezcamos dentro de los límites de la verdad bíblica acerca del amor de Dios, podemos evitar estas dos transgresiones. Al examinar lo que la Biblia dice al respecto, vemos cuán maravillosamente podemos presentar el amor de Dios a los pecadores, y cuán perfectamente calza ese amor con su aborrecimiento del pecado. Y lo difícil de entender se hace más fácil.

Sin embargo, en nuestra búsqueda de comprensión de este asunto debemos estar dispuestos a desechar un montón de ideas populares y sentimentales sobre el amor divino. Muchas de nuestras presuposiciones favoritas en cuanto a Dios deben corregirse. El amor y la santidad de Dios deben entenderse cuidadosamente a la luz de su ira contra el pecado. Debemos ver el amor desde la perspectiva divina antes que podamos entender realmente la importancia del gran amor de Dios por nosotros.

Como siempre, el remedio está en recibir toda la información bíblica con los brazos abiertos. Y mi propósito en este libro es tratar de resaltar una amplia y equilibrada muestra representativa de esa información. Según señaló el cantautor, cubrir el tema como merece ser cubierto consumiría océanos de tinta y llenaría una galaxia. E incluso después de mucho tiempo, apenas se habría escrito el prólogo.

Estoy seguro de que la eternidad se pasará justo en ese tipo de estudio. Es por eso que para mí, la oportunidad de escribir este libro ha sido como un pedacito de cielo. Espero que a medida que usted lea, también sienta algo de la gloria celestial y aprenda que toda la tristeza, el sufrimiento y el dolor de la vida humana no niegan el amor de Dios por la humanidad. Al contrario; solo el conocimiento del amor divino en medio de tales pruebas es lo que nos permite soportar todo esto y salir fortalecidos.

Dedicaremos los tres primeros capítulos a sentar las bases para entender el amor de Dios. A principios del capítulo 4 volveremos a tratar con las preguntas difíciles planteadas aquí, tales como por qué permite Dios el sufrimiento. En los capítulos que siguen veremos cómo el amor de Dios define quién es Él, cómo tal amor se aplica a toda la humanidad, y cómo se aplica en una manera única y especial a los cristianos.

Mi oración por todos los que leen este libro es un eco de la oración de Pablo por los efesios: “Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados

en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:17-19).

De tal manera amó Dios al mundo

EL AMOR ES EL MÁS CONOCIDO pero el menos entendido de los atributos de Dios. Casi todos los que en este tiempo creen en Dios piensan que Él es un Dios de amor. Incluso he conocido agnósticos que están seguros de que *si* Dios existiera, debería ser benevolente, compasivo y amoroso.

Desde luego, todos estos aspectos *son* infinitamente ciertos acerca de Dios, pero no del modo en que la mayoría de la gente piensa. Debido a la influencia de la teología liberal moderna, muchos suponen que el amor y la bondad de Dios anulan en última instancia su justicia, su rectitud y su ira santa. Visualizan a Dios como un abuelo celestial bonachón: tolerante, afable, indulgente, permisivo y sin ningún desagrado real por el pecado, quien sin consideración de su santidad pasará benévola por alto el pecado y aceptará a las personas tal como son.

EL AMOR DE DIOS EN LA HISTORIA RECIENTE DE LA IGLESIA

Los creyentes en generaciones pasadas fueron a menudo al extremo opuesto. Tendían a creer en Dios como alguien severo, exigente, cruel y hasta abusivo. Exageraron tanto la ira de Dios, que prácticamente pasaron por alto su amor. Hace poco más de cien años, casi toda la predicación evangelística representaba

a Dios solo como un Juez aterrador cuya ira ardía contra los pecadores. La historia revela que en los tres últimos siglos se han dado algunos cambios dramáticos en cómo pensamos acerca de Dios.

Jonathan Edwards

Quizás el sermón más famoso predicado en Estados Unidos fue “Pecadores en las manos de un Dios airado”, de Jonathan Edwards, quien era un pastor en la Massachusetts colonial y una brillante mente teológica. Edwards predicó su famoso sermón como orador invitado en una iglesia en Enfield, Connecticut, el 8 de julio de 1741. Este sermón desató uno de los episodios más dramáticos de avivamiento en el Gran Despertar. He aquí un extracto que muestra la franqueza gráfica y aterradora del predicador al describir la espantosa ira de Dios contra los pecadores:

El Dios que te mantiene sobre el abismo del infierno, muy parecido a como uno sujeta una araña o un insecto repugnante sobre el fuego, te aborrece y está enardecido; su ira contra ti arde como fuego; te considera indigno de otra cosa que no sea ser echado en el fuego, sus ojos son tan puros que no aguantan mirarte, eres diez veces más abominable a sus ojos que la peor serpiente venenosa es a los nuestros. Tú lo has ofendido infinitamente más que cualquier rebelde obstinado lo haya hecho contra su gobierno, y sin embargo no es otra cosa que su mano lo que te detiene de caer en el fuego en cualquier momento. Es solo por eso y ninguna otra cosa que no te fuiste al infierno anoche, que pudiste despertar una vez más en este mundo después de haber cerrado tus ojos para dormir, y no hay ninguna otra razón sino la mano de Dios, por la cual no has caído en el infierno desde que te levantaste esta mañana. No hay otra razón, fuera de su misericordia, que mientras lees este escrito, en este mismo momento, no caes en el infierno.

¡Oh pecador, considera el terrible peligro en que te encuentras! Es un gran horno de ira, un abismo ancho e insondable, lleno del fuego de ira, el que tienes debajo al ser sostenido por la mano de ese Dios cuya ira has provocado y encendido tanto como lo hicieron muchos de los condenados en el infierno. Cuelgas de un hilo, con las llamas de la ira divina flameando alrededor y amenazando quemarlo en cualquier momento; y no obstante, no tienes interés en ningún Mediador, y nada de qué agarrarte para salvarte, nada para escapar de las llamas de la ira, nada que sea tuyo, nada de lo que has hecho, nada que puedas hacer para convencer a Dios que te libre, aunque sea por un instante.

El lenguaje y las imágenes eran tan vívidos que muchos de los que oyeron a Edwards temblaban, algunos clamaban por misericordia, y otros se desmayaban.

Nuestra generación —criada con “Cristo me ama, bien yo lo sé”— encuentra chocante el famoso sermón de Edwards por una razón completamente distinta. A casi todas las personas de hoy les horrorizaría que alguien describiera a Dios en términos tan aterradores.

Sin embargo, es importante que entendamos el contexto del sermón de Edwards. Él no era un feroz sentimentalista; apelaba sin pasión al sentido de la razón de sus oyentes... incluso al leer su mensaje en un tono cuidadosamente controlado para que nadie fuera emocionalmente manipulado. Su mensaje concluyó con un tierno llamado a correr hacia Cristo en busca de misericordia. Un observador que estaba presente en esa ocasión recordó que “varias almas se llenaron de esperanza [esa] noche, y la alegría y el agrado en sus semblantes [mostraban que] recibieron consuelo (de que Dios los fortalecería y confirmaría), entonamos un himno, oramos y despedimos la asamblea”.¹ De

1. Citado en Iain H. Murray, *Jonathan Edwards: A New Biography* (Edimburgo: Banner of Truth, 1987), p. 169.

ahí que el estado general de aquella reunión nocturna fuera decididamente edificante, y señalara una época de gran avivamiento a lo largo de Nueva Inglaterra.

A Edwards lo han caricaturizado falsamente algunos como un predicador severo e implacable que se complacía en asustar a sus congregaciones con descripciones coloridas de los tormentos del infierno. Nada puede estar más lejos de la verdad. Él era un pastor afable y sensible, además de teólogo metódico, y se mantuvo en un terreno bíblico sólido cuando caracterizó a Dios como un Juez iracundo. La Biblia nos dice: “Dios es juez justo, y Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal. 7:11). El sermón de Edwards esa noche fue una exposición de Deuteronomio 32:35-36: “Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano, y lo que les está preparado se apresura. Porque Jehová juzgará a su pueblo”. Esas son verdades bíblicas que deben ser proclamadas. Y cuando Jonathan Edwards las predicó, lo hizo con corazón humilde de compasión amorosa. Una mirada más amplia a su ministerio revela que también resaltó fuertemente la gracia y el amor de Dios. Este solo sermón no nos da una idea completa de cómo era su predicación.

No obstante, Edwards no era reacio a predicar la verdad simple y llana de la ira divina. Él veía la conversión como la obra amorosa de Dios en el alma humana, y sabía que la verdad de la Biblia es el medio que Dios utiliza para convertir pecadores. Edwards creía que su responsabilidad como predicador era declarar de la manera más clara posible los aspectos positivos y negativos de esa verdad.

Charles Finney

Por desgracia, una generación posterior de predicadores no fue tan equilibrada y cuidadosa en su enfoque hacia la evangelización, y no tan sana en su teología. Charles Finney, un abogado de principios del siglo XIX convertido en evangelista,

veía la conversión como obra *humana*. Finney declaró que el avivamiento prácticamente podía fabricarse si los predicadores emplearan los medios adecuados, por lo que escribió:

No existe nada en la religión más allá de los poderes comunes de la naturaleza. Consiste totalmente en el *ejercicio correcto* de los poderes de la naturaleza. Es solo eso, y nada más.... Un avivamiento no es un milagro, ni depende de un milagro, en ningún sentido. Es meramente un resultado filosófico del uso apropiado de medios constituidos, tanto como cualquier otro efecto producido por la aplicación de medios.²

Finney negaba incluso que el nuevo nacimiento fuera una obra soberana del Espíritu Santo (cp. Jn. 3:8). En lugar de eso enseñó que la regeneración es algo que el pecador logra: “El Espíritu de Dios, a la verdad, *influye en* que el pecador cambie, y en este sentido es la causa eficaz del cambio. *Pero en realidad el pecador cambia, y por tanto es él mismo, en el sentido más propio, el autor del cambio....* Un cambio de corazón es *el propio acto del pecador*”.³

Finney creía que la gente podía ser manipulada psicológicamente a responder al evangelio. Una de sus medidas favoritas para realzar emociones era predicar apasionadamente acerca de las feroces amenazas de la venganza divina. Con esto buscaba intimidar a las personas para que respondieran al evangelio. Mientras que Edwards había esperado que el Espíritu Santo usara la verdad bíblica para convertir pecadores, Finney creía que era tarea del predicador evocar la respuesta deseable, a través de ingeniosa persuasión, intimidación, manipulación, o cualquier otro medio posible. Él descubrió que aterrorizar a la gente era un método muy eficaz de provocar una respuesta. Su

2. Charles G. Finney, *Revivals of Religion* (Old Tappan, New Jersey: Revell, s.f.), pp. 4-5.

3. *Ibíd.*, pp. 220-21 (cursivas añadidas).

repertorio estaba lleno de sermones diseñados para resaltar los temores de los incrédulos.

Los predicadores que adoptaron los métodos de Finney llevaron estos procedimientos a extremos absurdos. Predicar acerca de la ira divina a menudo era simplemente algo teatral. Y el tema de la ira de Dios contra el pecado comenzó a ser predicado con exclusión del amor de Dios.

D. L. Moody

Todo esto tuvo un efecto muy profundo en la percepción popular acerca de Dios. El típico cristiano de mediados del siglo XIX se habría escandalizado por la sugerencia de que Dios ama a los pecadores. Incluso D. L. Moody, muy conocido por su fuerte énfasis en el amor de Dios, no siempre fue así. En realidad se sintió perturbado la primera vez que oyó a otro evangelista predicar del amor de Dios por los pecadores.

El evangelista a quien Moody oyó era el modesto predicador y ladronzuelo británico convertido Harry Moorhouse. En el invierno de 1868, Moorhouse se presentó inesperadamente en Chicago y se ofreció a predicar en la congregación de Moody, quien acababa de salir a ministrar por unos días en St. Louis. Moody no estaba seguro de la capacidad de predicar de Moorhouse, pero una vez se encontró con este predicador estando en Inglaterra, así que a regañadientes hizo arreglos para que el inglés hablara en una reunión a media semana en el sótano de la iglesia.

Al regresar el sábado de su viaje, Moody le preguntó a su esposa por la predicación de Moorhouse.

—Él predica un poco diferente de ti —le contestó ella—. Predica que Dios ama a los pecadores.

—Está equivocado —respondió Moody.

La señora Moody le aconsejó a su esposo que no hiciera ningún juicio hasta que oyera predicar a Moorhouse.

—Creo que estarás de acuerdo con él cuando lo oigas, porque respalda con la Biblia todo lo que dice.

J. C. Pollock relata así lo que sucedió en los días siguientes:

El domingo por la mañana, Moody observó que todos en su congregación llevaban biblias. Nunca les había dicho a las personas en las bancas que debían llevar biblias. “Fue algo extraño ver a la gente llegar con biblias y oír hasta cuando las hojeaban”.

Moorhouse anunció su texto: “Juan 3:16: De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Moody observó que en lugar de dividir el texto en primero, segundo y tercero en la forma ministerial acostumbrada, “Moorhouse pasó de Génesis a Apocalipsis ofreciendo prueba de que Dios ama al pecador, y antes de que hubiera terminado, se habían estropeado dos o tres de mis sermones... Hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto nos amaba Dios. Este corazón mío comenzó a descongelarse; no pude contener las lágrimas”. Durante toda su vida, Fleming Revell recordó la escena de Moody asimilando aquella verdad esa mañana dominical el 8 de febrero de 1868, y cómo “el domingo por la noche el pequeño Harry Moorhouse se balanceaba de un pie al otro en su aparente torpeza, pero uno olvidaba todo eso al escuchar el mensaje que salía de sus labios”. El texto era el mismo: “De tal manera amó Dios al mundo...”, desplegado una vez más desde Génesis hasta Apocalipsis, pero por una ruta diferente. El discurso de Harry no era tanto un sermón sino una serie de textos relacionados o pasajes brevemente comentados para formar lo que llegó de manera más bien extraña a conocerse como “lectura bíblica”.

Al final, Moody saltó. “Señor Moorhouse, usted va a hablar todas las noches esta semana. Vengan todos. Digan a sus amigos que vengan”.

Noche tras noche, Moorhouse anunció: “De tal manera amó Dios al mundo...” y llevaba a sus oyentes por una línea nueva a lo largo de la Biblia: “Amigos, durante toda una semana he estado tratando de decirles cuánto los ama Dios, pero no puedo hacerlo con esta pobre lengua tartamuda...”

Afuera, en el aire fresco de febrero, la vida en Chicago continuaba desprevenida. Los mercaderes comían y bebían, los pobres se acurrucaban ante estufas redondas medio congeladas, los marineros de barcos cubiertos de hielo se depravaban, se emborrachaban, o peleaban. Entre ese gentío de ciudadanos humildes, algunos nuevos inmigrantes y un puñado de ricos, el Espíritu de amor actuaba libremente en la calle Illinois. Y D. L. Moody dio un giro a su pensamiento para convertirse desde ese momento en el apóstol del amor de Dios.⁴

Ese acontecimiento transformó el estilo evangelístico de D. L. Moody, quien fue posteriormente usado por Dios para alcanzar a Gran Bretaña y Estados Unidos con el evangelio sencillo del amor y la gracia. A personas que casi no conocían la misericordia divina les predicaba que Dios es un Dios de misericordia y gracia. A multitudes que habían sido condicionadas para pensar en Dios solo como un juez furioso, Moody les predicaba que Dios es “misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éx. 34:6; cp. 2 Cr. 30:9; Neh. 9:17, 31; Sal. 103:8; 111:4; 112:4; 116:5; Jl. 2:13; Jon. 4:2). Moody fue fundamental en recuperar de la oscuridad la verdad del amor divino.

Liberalismo moderno

Sin embargo, con el surgimiento de la teología liberal, el péndulo se desplazó demasiado. El *liberalismo* (a veces llamado

4. J. C. Pollock, *Moody: A Biographical Portrait of the Pacesetter in Modern Evangelism* (Nueva York: Macmillan, 1963), pp. 72-73.

modernismo) era una corrupción del cristianismo, basado en una negación total de la autoridad e inspiración de las Escrituras. Esto fue una tendencia creciente a lo largo del siglo XIX, influenciado fuertemente por tendencias de la teología alemana. (Friedrich Schleiermacher y Albrecht Ritschl se encontraban entre los teólogos alemanes responsables del liberalismo). Mientras conservaba algunas de las enseñanzas morales del cristianismo, el liberalismo atacaba las bases históricas de la fe. Los liberales negaban la deidad de Cristo, la historicidad de la Biblia y la unicidad de la fe cristiana. En lugar de eso proclamaban la hermandad de toda la humanidad bajo la paternidad de Dios, y en consecuencia insistían en que la única actitud de Dios hacia la humanidad era de puro amor.⁵ Es más, el principio interpretativo general para los liberales llegó a ser el tema del amor. Si un pasaje no reflejaba la definición que ellos tenían del amor divino, lo rechazaban como bíblico.⁶

En la primera parte del siglo XX, el liberalismo tomó por asalto las iglesias protestantes. Podría argumentarse que la primera mitad de ese siglo marcó el declive espiritual más grave desde la Reforma Protestante. El evangelicalismo, que había dominado a los Estados Unidos protestantes desde la época de los padres fundadores, fue prácticamente expulsado de las

5. D. L. Moody mismo fue sin duda alguna culpable de un énfasis excesivo en el amor divino. “Su [único] mensaje, aparte de la presión constante en la necesidad de conversión, era acerca del amor de Dios. Su teología, aunque básicamente ortodoxa, era ambigua hasta el punto de no parecer teología en absoluto”. George M. Marsden, *Fundamentalism and American Culture* (Oxford: Oxford, 1980), p. 32, cp. p. 35. Por consiguiente, Moody no reconoció los peligros del liberalismo. “Aunque él desaprobaba el liberalismo en lo abstracto, cultivaba amistades con liberales influyentes en esperanza de que la paz prevaleciera”. *Ibid.*, p. 33. Las escuelas que Moody fundó en Northfield, Massachusetts, y con las cuales estuvo asociado hasta su muerte, estuvieron totalmente dominadas por liderazgo liberal una generación después de la muerte de Moody. El instituto bíblico Moody en Chicago, el cual él confió a un liderazgo sólido varios años antes de su muerte, permanece fuertemente evangélico hasta el día de hoy.

6. Este método de crítica bíblica todavía lo siguen hoy día grupos tales como el muy publicitado “Seminario Jesús”, cuyos eruditos han llegado a la conclusión de que solo treinta y uno de los más de setecientos dichos atribuidos a Jesús fueron realmente pronunciados por Él.

escuelas e iglesias denominacionales. El evangelicalismo logró sobrevivir e incluso prosperar fuera de las denominaciones. Pero nunca recuperó su influencia en los grupos principales. En vez de eso ha florecido principalmente en denominaciones relativamente pequeñas e iglesias independientes. En unas pocas décadas, el liberalismo prácticamente destruyó las denominaciones protestantes más grandes en Estados Unidos y Europa.

Harry Emerson Fosdick

Uno de los voceros más populares del cristianismo liberal fue Harry Emerson Fosdick, pastor de la Iglesia Riverside en la Ciudad de Nueva York. Aunque permanecía fuertemente comprometido con la teología liberal, Fosdick sin embargo reconoció que la nueva teología estaba socavando el concepto de un Dios santo. Al contrastar su era con la de Jonathan Edwards, Fosdick escribió:

El sermón de Jonathan Edwards en Enfield describía a los pecadores sobre el abismo ardiente en las manos de una deidad iracunda que probablemente en cualquier momento los iba a soltar, y tan terrible fue ese discurso en su entrega que las mujeres se desmayaban y los hombres fuertes se aferraban en agonía a las columnas de la iglesia. *Es obvio que ya no creemos en esa clase de Dios*, y como siempre, reaccionamos pasándonos al extremo opuesto, tanto que en la teología de estos años recientes hemos enseñado un tipo de deidad suave y benevolente.... En realidad, al Dios de la nueva teología no parece importarle mucho el pecado; ciertamente no se garantiza que vaya a castigar severamente; Él ha sido un padre indulgente, y cuando pecamos, un cortés “discúlpame” parece más adecuado para hacer las paces.⁷

7. Harry Emerson Fosdick, *Christianity and Progress* (Nueva York: Revell, 1922), pp. 173-74 (cursivas añadidas).

Fosdick nunca habló con más sinceridad. Vio de modo correcto que el liberalismo había llevado a un concepto deformado y desequilibrado de Dios. Incluso pudo ver con claridad y darse cuenta de que el liberalismo estaba llevando a la sociedad a un peligroso desierto de amoralidad, donde el pecado, la codicia, el egoísmo y la rapacidad del “ser humano crecen con los años en una enorme acumulación de consecuencias hasta que finalmente el colapso de esa locura lleva a toda la tierra a la ruina”.⁸

A pesar de todo eso, Fosdick nunca reconoció la realidad literal de la ira de Dios hacia los pecadores impenitentes. Para él, “la ira de Dios” no era nada más que una metáfora para las consecuencias naturales de hacer lo malo. Al escribir después de la Primera Guerra Mundial, Fosdick sugirió que “*el orden moral del mundo nos ha estado sumergiendo en el infierno*”.⁹ Su teología no toleraba un Dios personal cuya ira justa se enciende contra el pecado. Además, para él la amenaza del verdadero fuego del infierno solo era una reliquia de una era bárbara. “*Obviamente, ya no creemos en esa clase de Dios*”.

EL AMOR DE DIOS Y LA IGLESIA CONTEMPORÁNEA

Fosdick escribió tales palabras hace casi ochenta años. Tristemente, lo que fue cierto entonces acerca del liberalismo es demasiado cierto respecto al evangelicalismo de hoy. Hemos perdido la realidad de la ira de Dios. Hemos hecho caso omiso a su odio por el pecado. El Dios que la mayoría de evangélicos describen ahora es todo amor y nada de enojo. Hemos olvidado que “¡horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (He. 10:31). *Ya no creemos en esa clase de Dios.*

Lo irónico es que este énfasis exagerado en la benevolencia divina actúa en realidad contra una sana comprensión del amor de Dios. Algunos teólogos se empeñan tanto en esta percepción de Dios como todo amor, que cuando las cosas salen mal, ven

8. *Ibíd.*, p. 174.

9. *Ibíd.* (cursivas añadidas).

esto como evidencia de que realmente Él no puede controlar todo. Creen que si Dios es de veras amoroso no puede ser totalmente soberano. Este punto de vista convierte a Dios en una víctima del mal.¹⁰

Multitudes han aceptado la desastrosa idea de que Dios es impotente para tratar con la maldad. Creen que Él es bondadoso pero débil, o quizás distante, o que simplemente no le preocupa la maldad humana. ¿No es de extrañar que la gente con tal concepto de Dios desafíe la santidad divina, que dé por sentado el amor divino y que presuma de la gracia y la misericordia de Dios? Sin duda nadie *temería* a una deidad como esa.

Sin embargo, la Biblia nos dice muchas veces que el *temor* de Dios es la misma base de la verdadera sabiduría (Job 28:28; Sal. 111:10; Pr. 1:7; 9:10; 15:33; Mi. 6:9). A menudo, la gente trata de explicar el sentido de tales versículos afirmando que el “temor” que se propugna tiene que ver con un sentido devoto de respeto y reverencia. Es verdad que el temor de Dios incluye respeto y reverencia, pero no *excluye* un santo terror literal. “A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo” (Is. 8:13).

Debemos rescatar algo del terror santo que viene con una comprensión correcta de la ira de Dios. Debemos recordar que la ira de Dios arde *de veras* contra los pecadores impenitentes (Sal. 38:1-3). Esa realidad es lo que hace que su amor sea tan asombroso. Por tanto, debemos proclamar estas verdades con el mismo sentido de convicción y fervor que empleamos cuando declaramos el amor de Dios. Es solo en el contexto de la ira divina que el significado total del amor de Dios puede entenderse. Ese es precisamente el mensaje de la cruz de Jesucristo. Después de todo, fue en la cruz que el amor y la ira de Dios convergieron en toda su plenitud majestuosa.

Solo quienes se ven como pecadores en las manos de un

10. Ese es precisamente el lenguaje usado por Harold Kushner, *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas* (Nueva York: Vintage Español, 2006).

Dios iracundo pueden apreciar por completo la magnitud y la maravilla de su amor. En este sentido, nuestra generación está sin duda en mayor desventaja que la anterior. Nos han obligado a alimentar por tanto tiempo las doctrinas de la autoestima, que la mayoría de seres humanos en realidad no se ven como pecadores dignos de la ira divina. Además de eso, el liberalismo religioso, el humanismo, la componenda evangélica y la ignorancia de las Escrituras han actuado contra el correcto entendimiento de quién es Dios. Es irónico que en una era que concibe a Dios como alguien totalmente amoroso y desprovisto de ira, ¡pocas personas comprendan realmente de qué se trata el amor de Dios!

Es crucial el modo en que abordamos el concepto erróneo de la época actual. No debemos reaccionar a un énfasis exagerado sobre el amor divino negando que Dios sea amor. La visión desequilibrada que nuestra generación tiene de Dios no puede corregirse por medio de un desequilibrio igual en la dirección opuesta. Temo francamente que este sea un peligro muy real en algunos círculos. Una de las preocupaciones profundas que me ha motivado a escribir este libro es una tendencia creciente que he observado, en particular entre personas comprometidas con la verdad bíblica de la soberanía de Dios y la elección divina. Algunas de ellas niegan rotundamente que en algún sentido Dios ame a quienes no ha escogido para salvación.

Estoy convencido por la Biblia de que Dios es absolutamente soberano en la salvación de los pecadores, cual “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:16). Somos redimidos no debido a algo bueno en nosotros, sino debido a que Dios nos escogió para salvación. Él escogió a ciertos individuos y pasó por sobre otros, y tomó esa decisión en la eternidad pasada, antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). Además, Dios eligió sin tener en cuenta algo que previera en los escogidos; simplemente “según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia” (vv. 5-6). La

elección surge del amor de Dios. Él “con amor eterno [nos ha] amado; por tanto, [nos prolongó su] misericordia” (Jer. 31:3).

Sin embargo, ciertamente podemos afirmar tales verdades sin también concluir que la actitud de Dios hacia los no elegidos sea de odio total.

Me preocupa la tendencia de algunos —a menudo jóvenes recién encaprichados con la doctrina reformada— que insisten en que Dios no puede amar a quienes no se arrepienten y creen. Me parece que cada vez encuentro con mayor frecuencia este punto de vista. El argumento inevitablemente es este: El Salmo 7:11 nos dice que “Dios está airado contra el impío todos los días”. Parece razonable suponer que si Dios amara a todos, habría escogido a todos para salvación. En consecuencia, Dios no ama a los no elegidos. Quienes piensan esto a menudo hacen todo lo posible por argumentar que Juan 3:16 en realidad no significa que Dios ame a todo el mundo.

Quizás el argumento más conocido para este punto de vista se encuentra en la edición completa de un libro por lo demás excelente: *La soberanía de Dios*, de A. W. Pink.¹¹ Pink escribió: “Dios ama a quien Él elige. No ama a todo el mundo”.¹² Más adelante en el libro agrega esto:

¿Es verdad que Dios *ama* a aquel que *desprecia* y rechaza a su Hijo amado? Dios es tanto luz como amor, y por consiguiente su amor debe ser *santo*. Decirle a quien rechaza a Cristo que Dios lo ama es cauterizarle la conciencia, así como brindarle una sensación de seguridad en sus pecados. La realidad es que el amor de Dios es una verdad solo para los santos, y presentárselo a los enemigos de Dios es tomar el pan de los hijos y arrojárselo a los perros. Con excepción

11. Arthur W. Pink, *The Sovereignty of God* (Grand Rapids: Baker, 1930), pp. 29-31, 245-52, 311-14. Publicado en español por El Estandarte de la Verdad con el título *La soberanía de Dios*.

12. *Ibíd.*, pp. 29-30.

de Juan 3:16, ninguna vez en los cuatro evangelios leemos que el Señor Jesús, el maestro perfecto, ¡les dijera a los pecadores que Dios los amaba!¹³

En un apéndice a la edición íntegra, Pink sostuvo que la palabra *mundo* en Juan 3:16 (“De tal manera Dios amó al *mundo*”) “se refiere *al mundo de creyentes* (los elegidos de Dios), en contraposición *al mundo de los impíos*”.¹⁴

Pink trataba de señalar el punto crucial de que Dios es soberano en el ejercicio de su amor. La esencia de su argumento sin duda es válida: es una locura pensar que Dios ama a todos por igual, o que está obligado por alguna regla de equidad a amar por igual a todos. La Biblia nos enseña que Dios nos ama porque decide hacerlo (cp. Dt. 7:6-7), porque Él ama debido a que *es* amor (1 Jn. 4:8), no porque esté bajo alguna obligación de amar a todos por igual. Nada más que el propio placer soberano lo obliga a amar a los pecadores. Nada más que su propia voluntad soberana gobierna su amor. Esto tiene que ser verdadero, ya que ciertamente no hay nada en ningún pecador digno incluso del más mínimo grado de amor divino.

Por desgracia, Pink llevó demasiado lejos el corolario. El hecho de que algunos pecadores no sean elegidos para salvación no es prueba de que la actitud de Dios hacia ellos esté totalmente desprovista de amor sincero. Por la Biblia sabemos que Dios es misericordioso, bondadoso, generoso y bueno incluso con los pecadores más obstinados. ¿Quién puede negar que estas misericordias fluyan del amor ilimitado de Dios? Sin embargo, es evidente que se derraman aun sobre pecadores no arrepentidos. Por ejemplo, de acuerdo con Pablo, el conocimiento de la

13. *Ibid.*, p. 246.

14. *Ibid.*, p. 314. Las secciones que cito aquí fueron retiradas en la edición de la obra de Pink publicada por *The Banner of Truth Trust* (1961). En su biografía de Arthur Pink, el editor Iain Murray llamó a la negación de Pink acerca del amor de Dios por los no elegidos un “aspecto de seria debilidad”. Iain Murray, *The Life of Arthur W. Pink* (Edimburgo: Banner of Truth, 1981), p. 196.

benignidad, la paciencia y la longanimidad divina debería guiar a los pecadores al arrepentimiento (Ro. 2:4). No obstante, el apóstol reconoció que muchos que son destinatarios de estas expresiones de amor divino las desprecian, atesorando así ira para ellos en el día de la ira (v. 5). La dureza del corazón humano pecaminoso es la única razón por la cual la gente persiste en pecar, a pesar de la bondad de Dios hacia ellos. Por tanto, ¿es Dios insincero cuando vierte sus misericordias llamando al arrepentimiento a tales individuos? ¿Y cómo puede alguien llegar a la conclusión de que la verdadera actitud de Dios hacia quienes rechazan sus misericordias no es más que odio puro?

Sin embargo, quiero reconocer que explicar el amor de Dios hacia los reprobados no es tan sencillo como la mayoría de evangélicos modernos quiere que sea. Claramente hay un sentido en que la expresión del salmista, “aborrecí la reunión de los malignos” (Sal. 26:5) es un reflejo de la mente de Dios. “¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos” (Sal. 139:21-22). El odio que el salmista expresó es una virtud, y tenemos todos los motivos para concluir que es un odio que Dios mismo tiene. Después de todo, Él *afirmó*: “a Esaú aborrecí” (Mal. 1:3; Ro. 9:13). El contexto revela que Dios estaba hablando de *toda una raza* de personas malvadas. Hay entonces un sentido verdadero y real en que la Biblia enseña que Dios odia a los malvados.

Muchos tratan de esquivar la dificultad que esto plantea al sugerir que Dios aborrece el pecado, no al pecador. ¿Por qué entonces condena al pecador y consigna a la persona (no simplemente al pecado) al infierno eterno? Está claro que no podemos eliminar la severidad de esta verdad negando el odio de Dios por los malvados. Tampoco debemos imaginar que ese odio sea algún defecto en el carácter de Dios. Se trata de un odio santo, que es perfectamente coherente con su santidad inmaculada, inaccesible e incomprensible.

EL AMOR DE DIOS POR EL MUNDO INCRÉDULO

Sin embargo, por la Biblia estoy convencido de que el odio de Dios hacia los malvados no es un odio sin diluir por la compasión, la misericordia o el amor. Por experiencia humana sabemos que el amor y el odio no son mutuamente exclusivos. No es nada extraño tener sentimientos simultáneos de amor y odio dirigidos a la misma persona. A menudo hablamos de individuos que tienen relaciones amor-odio. No existe razón para negar que en un sentido infinitamente más puro y más noble, el odio de Dios hacia los malvados también esté acompañado de un amor sincero y compasivo por ellos.¹⁵

El hecho de que Dios enviará al infierno eterno a todos los pecadores que persisten en el pecado y la incredulidad, prueba su odio hacia ellos. Por otra parte, el hecho de que Dios prometa perdonar y llevar a su gloria eterna a todos los que confían en Cristo como Salvador, y que hasta suplique a los pecadores que se arrepientan, demuestra su amor hacia ellos.

Debemos entender que amar es la misma naturaleza de Dios. El Señor nos ordena amar a nuestros enemigos “para que [seamos] hijos de [nuestro] Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45). Ese pasaje y los versículos en su contexto inmediato refutan la afirmación de Arthur Pink de que Jesús nunca les dijo a los pecadores que Dios los amaba. Aquí Jesús caracterizó claramente a su Padre como alguien que ama incluso a quienes deliberadamente se ponen en enemistad contra Él.

Aunque todos estamos impacientes por preguntar cuál es el motivo de que un Dios amoroso permita que sucedan cosas

15. Esto no quiere decir que Dios sea ambivalente. Él es perfectamente coherente consigo mismo (2 Ti. 2:13). En su mente no pueden existir voluntades contradictorias. Lo que estoy afirmando es esto: En un sentido real y sincero, Dios odia a los malvados por los pecados que cometen; pero en un sentido real y sincero también tiene compasión, piedad, paciencia y afecto verdadero por ellos debido a su naturaleza amorosa.

malas a sus hijos, seguramente también deberíamos preguntar por qué un Dios santo permite que pasen cosas buenas a gente mala. La respuesta es que Dios es misericordioso incluso con aquellos que no le pertenecen.

No obstante, en este punto es necesario hacer una importante distinción: Dios ama a los creyentes con un amor particular. Es un amor familiar, el amor supremo de un Padre eterno por sus hijos. Se trata del amor consumado de un Esposo por su esposa. Es un amor eterno que les garantiza salvación del pecado y de su horrible pena. Ese amor especial está reservado solo para los creyentes. Limitar este amor salvador y eterno a sus escogidos no hace que la compasión, la misericordia, la bondad y el amor de Dios por el resto de la humanidad sean poco sinceros o sin sentido. Cuando Dios invita a los pecadores a arrepentirse y recibir perdón (Is. 1:18; Mt. 11:28-30), su ruego viene de un corazón sincero de amor auténtico. “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” (Ez. 33:11). Claramente, Dios *ama* incluso a los que desprecian su tierna misericordia, pero esta es una calidad diferente de amor, y diferente en grado de su amor por los suyos.

Un paralelismo en el ámbito humano sería este: Amo a mi prójimo. Muchos pasajes bíblicos me ordenan que lo ame como a mí mismo (p. ej., Lv. 19:18; Mt. 22:39; Lc. 10:29-37). También amo a mi esposa. Eso también está de acuerdo con la Biblia (Ef. 5:25-28; Col. 3:19). Pero está claro que mi amor por mi esposa es superior, tanto en excelencia como en grado, a mi amor por mi prójimo. Elegí a mi esposa; no elegí a mi prójimo. Por voluntad propia traje a mi esposa a mi familia para que viviera conmigo durante el resto de nuestras vidas. No hay razón para concluir que ya que no concedo el mismo privilegio a mi prójimo, mi amor por él no sea un amor real y auténtico. Lo mismo ocurre con Dios. Él ama a los elegidos de una manera

especial reservada solo para ellos; pero esto no hace menos real su amor por el resto de la humanidad.

Además, incluso en el ámbito humano, el amor por nuestro cónyuge y el amor por nuestro prójimo todavía no agotan las diferentes variedades de amor que expresamos. También amo a mis hijos con el mayor fervor; pero una vez más, los amo con una calidad diferente de amor que mi amor por mi esposa. Y amo a mi prójimo cristiano en una forma que supera mi amor por mi prójimo no cristiano. Es evidente que el amor auténtico viene en varios tipos y grados. ¿Por qué es difícil para nosotros concebir que Dios mismo ame a las personas de manera diferente y con efectos diferentes?

El amor de Dios por los elegidos es un amor infinito y eterno. Por la Biblia sabemos que este gran amor fue la misma causa de nuestra elección (Ef. 2:4). Es evidente que tal amor no está dirigido hacia toda la humanidad en forma indiscriminada, sino que se otorga de manera única e individual a aquellos a quienes Dios escogió en la eternidad pasada.

Pero de esto no se desprende que la actitud de Dios hacia los que no escogió deba ser de odio absoluto. Sin duda su ruego a los perdidos, su oferta de misericordia a los reprobados y el llamado del evangelio a todos los que escuchan son expresiones sinceras del corazón de un Dios amoroso. Recordemos que Él no se complace con la muerte de los malvados, sino que tiernamente llama a los pecadores a volverse de los malos caminos y vivir. Él libremente ofrece el agua de vida a todos (Is. 55:1; Ap. 22:17). Tales verdades no son en absoluto incompatibles con la verdad de la soberanía divina.

La teología reformada ha sido históricamente la rama del evangelicalismo más fuertemente comprometida con la soberanía de Dios. Al mismo tiempo, la corriente principal de teólogos reformados siempre ha afirmado el amor de Dios por todos los pecadores. El mismo Juan Calvino escribió con relación a Juan 3:16: “[Dos] puntos se nos señalan claramente: a saber, que la

fe en Cristo trae vida a todos, y que Cristo trajo vida, porque el Padre ama a la especie humana, y quiere que ninguno perezca”.¹⁶ Calvino añadió esto:

[En Juan 3:16 el evangelista] ha empleado el término universal *todo aquel que*, tanto para invitar a todos de modo indiscriminado a participar de la vida, como para bloquear toda excusa de los incrédulos. Tal es también la importancia del término *mundo*, que él utilizó antiguamente; porque a pesar de que nada se encuentre en *el mundo* que sea digno del favor de Dios, sin embargo Él se muestra para reconciliarse con el mundo entero, cuando invita a todos sin excepción a la fe en Cristo, lo cual no es más que una entrada a la vida.

Por otra parte, recordemos que aunque se promete *vida* universalmente a *todo aquel que cree* en Cristo, la fe no es común a todos, sino que los escogidos son solo aquellos cuyos ojos Dios abre, y que pueden buscarlo por fe.¹⁷

Los comentarios de Calvino son equilibrados y bíblicos. Él indica que tanto la invitación del evangelio como “el mundo” que Dios ama de ninguna manera están limitados solo a los elegidos. Pero también reconoce que la elección de Dios y el amor salvador se otorgan de manera exclusiva a sus escogidos.

Estas mismas verdades las ha defendido vigorosamente un grupo de baluartes reformados, que incluyen a Thomas Boston, John Brown, Andrew Fuller, W. G. T. Shedd, R. L. Dabney, B. B. Warfield, John Murray, R. B. Kuiper y muchos otros.¹⁸ En ningún sentido creer en la soberanía divina descarta el amor de Dios hacia toda la humanidad.

16. Juan Calvino, *Commentary on a Harmony of the Evangelists, Matthew, Mark, and Luke*, trad. William Pringle. (Grand Rapids: Baker, 1979, reimpresión), p. 123.

17. *Ibid.*, p. 125 (cursivas en el original).

18. Véase en el Apéndice 3 citas específicas de estos autores.

Estamos viendo hoy día un interés casi sin precedentes en las doctrinas de la Reforma y la era puritana. Me encuentro muy animado por esto en la mayoría de aspectos. Estoy convencido de que un regreso a estas verdades históricas es absolutamente necesario si la iglesia ha de sobrevivir. Sin embargo, hay un peligro cuando almas excesivamente celosas hacen uso indebido de una doctrina como la soberanía divina con el fin de negar la oferta sincera de misericordia divina a todos los pecadores.

Debemos mantener una perspectiva cuidadosamente equilibrada mientras seguimos nuestro estudio del amor de Dios. El amor de Dios no puede aislarse de su ira y viceversa. Tampoco su amor y su ira están en oposición mutua al igual que el principio místico del yin-yang. Ambos atributos son constantes y perfectos sin que muestren fluctuaciones. Dios mismo es inmutable. No es amoroso un instante e iracundo al siguiente. Su ira coexiste con su amor; por tanto, ambos aspectos no se contradicen. Son tales las perfecciones de Dios, que nunca podremos comenzar a comprender estas cosas. Sobre todo, no debemos poner un aspecto contra el otro, como si hubiera de algún modo una discrepancia en Dios. Él siempre es fiel a sí mismo y a su Palabra (Ro. 3:4; 2 Ti. 2:13).

Tanto la ira como el amor de Dios actúan para el mismo objetivo final: su gloria. Dios se glorifica en la condenación de los malvados y también en la salvación de su pueblo. Tanto la expresión de su ira como de su amor son necesarias para mostrar su gloria plena. Ya que su gloria es el gran diseño de su plan eterno, y puesto que todo lo que Él ha revelado acerca de sí mismo es esencial para su gloria, no debemos hacer caso omiso de ningún aspecto de su carácter. No podemos magnificar su amor con exclusión de los otros atributos.

Sin embargo, quienes conocen realmente a Dios testificarán que las delicias espirituales más profundas se derivan del conocimiento de su amor. Su amor es lo que en primer lugar nos atrajo hacia Él: “Nosotros le amamos a él, porque él nos

amó primero” (1 Jn. 4:19). Su amor —ciertamente algo de lo que no somos dignos— es la razón de que nos salvara y nos concediera tales privilegios espirituales tan ricos: “Dios, que es rico en misericordia, *por su gran amor con que nos amó*, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:4-6).

Volveremos una y otra vez a algunas de estas mismas verdades en este libro mientras proseguimos nuestro estudio. Mi propósito no es participar en polémicas, sino solo presentar el amor de Dios en tal manera que su esplendor llene nuestros corazones. Si usted es cristiano, mi oración es que la gloria y la grandeza del amor de Dios profundicen su amor por Él, y que usted capte las alegrías y los sufrimientos de la vida con una comprensión correcta del amor de Dios.

Si usted no es creyente, quizás Dios esté acercándolo hacia Él. Por la Biblia sabemos que Dios está llamándolo a arrepentirse y que le ofrece el agua de vida. Mi oración es que a medida que usted lea estas páginas, la maravilla y el privilegio del amor divino se le desplieguen, y que usted responda a la verdad de la Palabra de Dios con corazón humilde y creyente. Le animo a empaparse de la misericordia que Jesús ofreció en estas tiernas palabras: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:28-30).

Pero tenga cuidado: el conocimiento de la bondad y la misericordia de Dios solo profundizará la condenación de quienes desprecian a Jesús. “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (He. 2:3). El amor de Dios es un refugio solo para pecadores arrepentidos. Aquellos que están satisfechos con su pecado no deben consolarse con el

conocimiento de que Dios está lleno de misericordia y compasión. Los pecadores impenitentes inclinados a ignorar la oferta del Salvador de misericordia, primero deberían reflexionar en esta advertencia crucial de la Biblia: “Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (He. 10:26-27).

Esa “horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” proporciona el único contexto legítimo en que cualquiera puede comprender debidamente el amor de Dios.

Te exaltaré, mi Dios, mi Rey,
Y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre.
Cada día te bendeciré,
Y alabaré tu nombre eternamente y para siempre.
Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;
Y su grandeza es inescrutable.
Generación a generación celebrará tus obras,
Y anunciará tus poderosos hechos.
En la hermosura de la gloria de tu magnificencia,
Y en tus hechos maravillosos meditaré.
Del poder de tus hechos estupendos hablarán los
hombres,
Y yo publicaré tu grandeza.
Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad,
Y cantarán tu justicia.
*Clemente y misericordioso es Jehová,
Lento para la ira, y grande en misericordia.
Bueno es Jehová para con todos,
Y sus misericordias sobre todas sus obras.*
Te alaben, oh Jehová, todas tus obras,
Y tus santos te bendigan.

La gloria de tu reino digan,
Y hablen de tu poder,
Para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos
hechos,
Y la gloria de la magnificencia de su reino.
Tu reino es reino de todos los siglos,
Y tu señorío en todas las generaciones.
*Sostiene Jehová a todos los que caen,
Y levanta a todos los oprimidos.
Los ojos de todos esperan en ti,
Y tú les das su comida a su tiempo.
Abres tu mano,
Y colmas de bendición a todo ser viviente.
Justo es Jehová en todos sus caminos,
Y misericordioso en todas sus obras.
Cercano está Jehová a todos los que le invocan,
A todos los que le invocan de veras.
Cumplirá el deseo de los que le temen;
Oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará.
Jehová guarda a todos los que le aman,
Mas destruirá a todos los impíos.*
La alabanza de Jehová proclamará mi boca;
Y todos bendigan su santo nombre eternamente y para
siempre.

—Salmo 145

“El Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la
paciencia de Cristo” (2 Ts. 3:5).